

Hacer Cristo al mundo

Rafael Alvira

Universidad de Navarra, España

1. IDENTIDAD DEL CRISTIANO, IDENTIDAD DEL MUNDO

El punto inicial del que debemos partir es la idea de *mismidad* o *identidad*. No se puede formular siquiera la tesis de que una realidad cualquiera es *ella misma* o que tiene su identidad si no existe otra *ante la cual* lo es, ante la cual es *ella misma*, idéntica. Inmediatamente nos aparece, pues, la paradoja constitutiva de toda realidad: puesto que no se es sin el otro, se es gracias a él, reflejándole y reflejándose en él. Sin diversidad no hay identidad, pero esa identidad lo es tanto de cada ser “en sí”, en tanto *un ser*, como de ese ser con el otro: en el reflejo nos identificamos con el otro, siendo, con todo, diversos.

Hay grados de intensidad en la realidad. Tanto más contenido y virtualidades tiene un ser, tanto más profundamente realiza la estructura ahora señalada. Por eso se ha podido definir el amor —la más alta forma de ser, vida, existencia— como el “encontrarse una persona a sí misma en la otra”.

Encontrarse a sí mismo en el otro —identificándonos en él— pide como condición de posibilidad el que estemos *inclinados* a ello, el que toda nuestra *finalidad* constitutiva se dirija a ello. Pues bien, filosóficamente en la Escuela de Atenas y teológicamente siempre en la tradición cristiana, la finalización del mundo es el hombre, y la del hombre, Dios (Cristo).

Según la filosofía y la teología de la creación, lo creado sólo puede ser *reflejo* del Creador, pues ¿qué otra cosa podría ser? Dios es Alfa y Omega (*Ap* 1,8), de tal manera que todo el sentido del mundo es expresar “de otra manera” y en cierta medida *lo mismo* que es Dios. Aquí el matiz necesario de añadir es que ha de ser *lo mismo* justamente en cuanto *expresión*, es decir, lo mismo que el Dios “Expresado” o “Generado”, lo mismo que el Verbo.

El mundo no puede ser idéntico a Dios en cuanto Dios es *origen* —Padre—, pero puede y debe ser al final idéntico —mismo y diverso al mismo tiempo— al

Verbo. El mundo —macrocosmos— juega aquí —salvando los matices— el mismo papel que cada persona humana individual —microcosmos— y que la humanidad en cuanto unidad del género humano: ha de ser idéntico al Verbo, a la vez que existencialmente diverso.

Tal vez por eso, en el Evangelio Cristo repite en diversas ocasiones que ha anunciado *todo* lo que vio en el Padre (*Jn 15,15*), pero, en cambio, no puede decir (aunque lo sepa) lo que el Padre tiene pensado en cuanto a los tiempos y momentos. Esto último, en efecto, se refiere a lo originante en cuanto originante, es decir, al carácter diferenciador del Padre con respecto al Hijo.

Si el mundo ha de ser, pues, Cristo, pero su finalización es el hombre (el mundo es *para* el hombre) y la finalización del hombre es Cristo, entonces no hay duda de que el mundo ha de identificarse con Cristo *a través* del hombre.

No hay otra explicación posible de que el mundo no sea ya idéntico a Cristo que el pecado. Puesto que Luzbel fue constituido “príncipe de este mundo” (*Jn 12,20-33*), posiblemente el primer desorden que se introduce en el mundo — la primera pérdida de la recta imagen de Cristo— se debió al pecado de Luzbel. Eso explicaría el relato bíblico, según el cual la creación posterior del hombre hubo de verificarse en el paraíso terrenal, es decir, en un lugar cerrado y apartado, fuera del cual reinaba el desorden, como pudieron comprobar Adán y Eva al ser expulsados de él (*Gen 3,1-13*).

En cualquier caso, el pecado de los primeros padres contribuyó a aumentar el aludido desorden, y desorden significa: falta de finalización correcta. Si todo el ser de una realidad está en su constitución tendencial o finalística, se explica que la Biblia diga que el pecador es *nada*, como nada es, desde el punto de vista del *contenido*, el pecado en sí mismo.

Si todo pecado es una falta de verdadero amor, obviamente su movimiento “contrario” es el propio amor. Si, como queda señalado, el mundo es Dios a través del hombre, entonces, la consecuencia es clara: lo que el hombre debe hacer es reintroducir el amor en el mundo. O, mejor dicho, lo que debe hacer es transfundir al mundo el amor que Cristo introdujo plenamente en él.

2. MUNDO Y TRABAJO

Ciertamente, el concepto de *mundo* incluye tanto las *cosas* de él como las *acciones* con él relacionadas. *Vivir en el mundo* significa, por tanto, desplegar todo el conjunto de relaciones que con ocasión de él son posibles: habitar en él, circular por él, transformarlo, formar una familia, ejercitar el diálogo social, etc.

No se trata de *estar en el mundo*, en el sentido de que el mundo sea una precondición física y psicológica para hablar con Dios, anunciar su palabra, recor-

dar que nuestra casa definitiva está en el más allá, utilizarlo como el medio que Dios nos ofrece para nuestro ascetismo, o sea, como el lugar de “prueba” para que nos ganemos la salvación, todo lo cual no excluye en absoluto —antes bien al contrario, como subrayó el Concilio Vaticano II¹— nuestro *interés* por la mejora material y social de este mundo. Todo eso está muy bien, y representa un conjunto de verdades válidas para todo cristiano en todo tiempo. Pero el “amar al mundo apasionadamente” del Beato Josemaría², el hacer Cristo al mundo, es *algo más que estar en el mundo*, algo más no en el sentido de más o menos importante, sino de *añadido a*. Es también más que el amar al mundo porque éste es creatura de Dios y en él se refleja la grandeza divina.

Alguien puede —como tantos “místicos” y tantos cristianos en general, religiosos o no— quedar *embelesado* por la creación divina, estar *interesado* por el bien de este mundo, hacer *apostolado* predicando la palabra de Dios y ser *contemplativo* en la oración recogida, y, con todo, no estar ni empeñado ni dedicado *directamente* a hacer que *el mundo se haga Cristo* (no simplemente “cristiano”).

Como es sabido, el concepto de *interés* se introdujo modernamente como referencia neutra, para evitar las presuntas complicaciones que hablar de amor y virtud planteaban a cierta teoría social ilustrada. Tener interés por el mundo no es todavía amar en verdad al mundo y, además, falta el deseo explícito de hacer al mundo Cristo. No es lo mismo hacer del mundo un *lugar digno* para los hombres, de tal manera que se pueda predicar bien en él la palabra de Dios —porque las condiciones materiales son mejores y porque reina la actuación justa que da buen ejemplo—, que hacer que el mundo sea Cristo. Puede haber incluso, a veces, un gran parecido externo entre lo uno y lo otro, pero se trata de dos espíritus bien distinguibles.

No se puede aprender ni saber algo si previamente no se lo ama. Nadie aprende de verdad algo que no le gusta, pues no entra a fondo en ello, y queda con unos conocimientos meramente superficiales, útiles para un uso ocasional. Por eso, el que quiere que el mundo se identifique con Cristo ha de amarlo, pues, de otro modo, no podrá lograrlo.

Todo saber tiene dos momentos: algo y alguien que me *invitan* al conocimiento, y la *respuesta* de cada uno. La respuesta es un *añadido*, pero sólo es verdadera si he comprendido bien la invitación. Para comprender ésta es preciso que la deje destacarse ante mí, que me vacíe yo (humildad) para verla. Es decir,

¹ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Cons. *Gaudium et spes*, 7,12,65.

² “Amar el mundo apasionadamente” es el título de la homilía pronunciada por el Beato Josemaría en el *campus* de la Universidad de Navarra el 8-X-1967, incluida en el libro *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*.

que la ame. A continuación, con un movimiento natural, respondo. La respuesta es la muestra del *agradecimiento* que ya se dio inicialmente al acoger la invitación, y toda respuesta es además un *trabajo*, algo que *hacemos*.

O, dicho al revés: trabajar es responder y responder es agradecer. Agradecer, a su vez, es *hacer presente* en la propia vida al invitante, de manera vital, haciendo propia la oferta, haciéndola vida con la respuesta. Así pues, al trabajar en lo más común, mundanal y cotidiano como respuesta al amor de Dios, nuestro trabajo es *eucaristía*, pues ella no es otra cosa que la *respuesta* por excelencia al amor de Dios. Por eso el trabajo ordinario es eucaristía, cruz, amor redentor. Pero redentor del mundo a la vez que del hombre.

Sólo el que, al amar con el amor de Cristo este mundo, *ve y tiene presente* a Dios en el mundo, puede, a continuación, en la respuesta, o sea, en el trabajo, *hacer presente* a Dios en el mundo, es decir, empujar en la dirección de que el mundo sea, cada vez más, Cristo.

Si la naturaleza es una *disposición dada*, entonces es un *pasado* transcendental (lo ya *dado*) que pide (pues es disposición) su perfección o acabamiento, el cual necesariamente ha de suceder en *futuro*. Puesto que el hombre es un ser *libre*, en él la disposición es petición, y no puede ser mera *exigencia*.

Nosotros respondemos a la disposición o naturaleza que Dios nos ha dado, en primer lugar *agradeciéndola* y, después, al esforzarnos en realizar lo que ella pide, procurando que nuestra respuesta esté dirigida por Dios y vaya hacia Dios, lo que ya estaba indicativamente en nuestra naturaleza.

Es decir, responder agradecida y esforzadamente a lo que se nos ha dado, procurando que nuestra respuesta esté llena de Dios —de la gracia de Dios— es el trabajo consiguiente al amar al mundo. Es el trabajo santificado, en el cual, si bien hay diferencia entre lo natural y lo sobrenatural, no hay *separación posible alguna*, pues es el propio trabajo santificado el que une lo uno y lo otro.

Así concebido, el trabajo santificado no es *mero trabajo*, ni tampoco un trabajo santificado *exteriormente* por el añadido de la gracia, sino *respuesta* en plenitud de amor al mundo, ya que el mundo solo es totalmente amable si refleja la Faz de Cristo.

El que ama un fantasma existente sólo en la imaginación, que es el mundo *meramente natural*, no lo puede santificar, pues no se puede santificar lo que no existe, como tampoco puede el que no lo ama ya *naturalmente* como inclinación, que es *perfeccionada* —o sea, sobrenaturalizada— desde dentro, y no quitada.

3. TRABAJO PROFESIONAL Y TRABAJO ORDINARIO

Si todo cristiano ha de predicar la palabra de Cristo, a lo que el carisma del Beato Josemaría invita, además, es a hacer presente a Cristo en el mundo; no sólo *hablar de Él*, sino hacer que surja su Rostro *a través* de él.

Por eso no podía comprenderle el que no amara al mundo apasionadamente y por eso le parecería impensable al Beato Josemaría que algún seguidor del mensaje que él transmitía fuese un mal trabajador. Aquí trabajador significa en general “el que trabaja con verdad”, el que responde con ilusión al amor por su familia, por su profesión, por sus relaciones sociales, etc. Todo ello es trabajo aunque, cuando se realiza con el amor por un mundo en el que se ve a Cristo, sea normalmente un trabajo poco trabajoso, poco costoso, pues no cuesta lo que gusta. Sólo cansa de verdad lo que disgusta. Todo esto también explica por qué el Beato Josemaría podía usar como sinónimos las expresiones “trabajo profesional” y “trabajo ordinario”³. Con la expresión “trabajo profesional” quería indicar, al menos, dos cosas: que los fieles de la Obra no *profesaban en religión*, es decir, que no se dedicaban *directamente* a proclamar la palabra y la doctrina de Cristo como dedicación primaria, sino que profesaban, se dedicaban primariamente a cosas del mundo; y, de otro lado, que esa dedicación era seria y verdadera, hecha por gusto y amor, no por servicio público cristiano al prójimo, ni por táctica para hacer apostolado o simplemente para ganarse la vida.

Trabajo profesional no tenía, en cambio, en él, el sentido de *empleo*, pues entonces una persona de la Obra perdería su vocación al perder el empleo. Por eso para él carecía de sentido la jubilación, aunque alguien estuviera jubilado de su empleo.

“Trabajo profesional” es, por tanto, idéntico a “trabajo ordinario”.

Así pues, las *inclinaciones, llamadas o vocaciones* humanas (familiar, profesional, etc.), son la base absolutamente imprescindible que, perfeccionada desde dentro —y no como superestructura— por el toque del amor de Dios, sirven para “hacer Cristo al mundo”.

Lo normal pues, si se quiere llevar a cabo este último programa, es conducir a su perfección en la propia vida las inclinaciones nobles y honestas que poseamos. Por ello, cuando debamos cumplir un *deber* que no nos guste en su contenido, debemos realizarlo primero porque queremos cumplir el deber, y, después, esforzarnos en que nos guste. Efectivamente, si no nos gusta, no aprenderemos, y, por tanto, lo realizaremos mal.

³ Cfr. *Es Cristo que pasa*, 45: «...el Opus Dei he dicho que se apaya, como en su juicio, en el trabajo ordinario, en el trabajo profesional ejercido en medio del mundo».

Puesto que el amor es el origen de toda fiesta verdadera, el Opus Dei consiste en la elevación de la vida cotidiana y ordinaria a fiesta verdadera. La misma presencia de Dios es fiesta para los que le aman: hacer presente a Cristo por modo de identificar al mundo con Él, es la fiesta radical de este mundo.

4. UN NUEVO ECUMENISMO Y LA CRUZ

En efecto, el mensaje del Beato Josemaría contiene todos los elementos para que la fiesta sea completa: el amor de Dios, el amor al prójimo, el amor al mundo, todo ello íntimamente entrelazado, en perfecta unidad.

Quizá el rasgo más característico de la tradición de la iglesia ortodoxa sea la insistencia en el Dios con nosotros, en el Espíritu Santo, y, por tanto, en la *gloria* o presencia irradiante de Dios en este mundo. Por el lado evangélico-luterano, la insistencia está en el valor del trabajo y de la vida en el mundo, junto al carácter central del viernes santo.

Ni lo uno ni lo otro —tomado en lo esencial filosófico y sin entrar en los matices— ha sido negado por la tradición católica, pero ella no insiste tanto en esos aspectos.

Al sostener el Beato Josemaría que *el trabajo y la vida cotidiana en el mundo son una vocación*⁴ que se ha de cumplir desde la *permanente presencia de Dios* en dicho trabajo, lleva a cabo una síntesis muy peculiar y original. Si se me permite hablar así, *el ecumenismo del Beato Josemaría está en su idea de unidad de vida*.

Esto explica bien, a su vez, la comprensión siempre gozosa que el Beato Josemaría tenía de la cruz. Si le entiendo bien, él pensaba que la cruz era la forma según la cual está constituido todo ser espiritual, y que, por tanto, es tan real en este mundo como en el mundo futuro. En ese sentido, no aceptar la cruz tiene como consecuencia la frustración del propio ser.

En el cielo no habrá el dolor de la cruz, pero sí su significado esencial: olvidarse del yo particular para aceptar la voluntad *y, por tanto, la existencia*, del ser amado, de Dios en primer lugar, y de los hijos de Dios.

Si la cruz es la *forma* existencial de todo espíritu —pues sólo un espíritu es *él y otro* al mismo tiempo— entonces es la *forma de la vida* en su más alto grado. Donde hay esa vida, hay fiesta. Por eso, para el Beato Josemaría, «la alegría tiene sus raíces en forma de cruz»⁵. Esa frase suya, tan repetida por él mismo, se malentende —a mi modo de ver— si se pone el acento en el carácter negativo del dolor

⁴ Cfr. *Conversaciones*, 60.

⁵ *Forja*, 28; *Es Cristo que pasa*, 43.

de la cruz en este mundo. Por el contrario, al ser “cada cruz” un acto de fortaleza que perfila y destaca la propia personalidad del que la vive, a la vez que le abre a la comunicación verdadera con los otros, cada cruz es estructural y realmente un acto de amor, y el amor es la fiesta por excelencia. Por eso, normalmente en ella no hay dolor, pero cuando lo hay duele menos, apenas se nota, se lleva bien.

«La alegría tiene sus raíces en forma de cruz» es la frase sencilla en la que se expresa la comprensión profunda que el Beato Josemaría tenía no sólo del “mi yugo es suave” (Mt 11,28-30), sino, más claramente aún, de la conexión esencial entre la autonegación de la cruz y la fiesta que es la resurrección; entre el ser *sólo* y plenamente uno mismo —la inmensa soledad y fuerza del “yo mismo solo y único” quiero la cruz, en la que Cristo y todo el que le imite está en su *total individualidad*—, y la resurrección, la innovación plena en la que la luz de la *infinita comunicación* se enciende; entre —de nuevo, si se me permite hablar así— el viernes santo evangélico-luterano y el domingo de resurrección ortodoxo.

5. EPÍLOGO

No darse bien cuenta de cuál es el núcleo del mensaje del Beato Josemaría conduce con facilidad al error de interpretar la figura de aquellos que quieren encarnar ese espíritu como si fueran un grupo de personas —como otros muchos grupos muy legítimos y meritorios— dedicadas a difundir la palabra de Dios y a ser buenos cumplidores de los mandamientos, todo ello en la vida civil.

O también al error más profundo de pensar que el Opus Dei es una síntesis de *pietismo* con *pragmatismo de la obra bien hecha*, todo ello aderezado con una *superestructura teológica*. Hacer normas de piedad y, al mismo tiempo, procurar trabajar bien, incluso *por Dios*, pero no *en su descubrimiento mundanal*, no es todavía el Opus Dei. Falta la unidad de vida.

Hacer al mundo cristiano, en el sentido de evangelizarlo y de promover unas condiciones justas y humanas para la vida social, es una gran tarea que compete a todos los cristianos; hacer, además, que el mundo desde sus más profundas entrañas exprese la identidad de Cristo, es el mensaje y la invitación que transmite el Beato Josemaría.